

ANTILOPE

Proyecto Manhattan

Elisa Díaz Castelo

I. (EN EL CONTINENTE AMERICANO. EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. EN NUEVO MÉXICO. EN LO QUE ALGUNA VEZ FUE TERRITORIO MEXICANO. EN LA TIERRA QUE RECORRIERON LOS NAVAJO, DONDE HACE MILES DE AÑOS SE ASENTARON LOS CLOVIS. EN EL DESIERTO. CERCA DE LAS MONTAÑAS. EN LOS ALREDEDORES DEL PUNTO CERO. EN EL CENTRO MISMO DE LA BOMBA. ROMPIMIENTO. BAMBALINAS. EN EL LUGAR EXACTO. AQUÍ.)

*(Amanece el calor:
es el personaje central en primer plano.
Quienes han conocido la nieve, el agua
de una presa honda, lo olvidan todo
ahora. Hay simetrías y materiales oblicuos.
El tema de lo horizontal y la luz que lo intersecta.
Figuras. Será domingo por la luz tan transparente.
Lunes por la resignación que se respira.
Jueves por el aire de vidrio de la espera.
A lo lejos, tercer plano derecha,
líneas en profusión y simetrías,
en centro izquierda
un horizonte cauto que se horma
a los límites
de nuestro humilde escenario.)*

(El desierto es una habitación pintada de amarillo. Tres paredes y un hombre que al hablar hace sombra.)

Estoy harto. Siempre preguntan lo mismo. Soy
una cinta rayada que repite
ese instante limpio a la mitad del desierto.

¿Cómo decir la bomba? ¿Cómo contarles? Siempre
les invento algo nuevo, les cito al *Bhagavad Gita*:
soy yo, les digo, el destructor de mundos, me he vuelto

la muerte y les sonrío. Les cuento: fue la lumbre
de mil soles que al mismo tiempo incendian
la madrugada negra. Y ellos me miran como niños

ávidos y envidiosos. La verdad, una sola palabra
pasó por mi mente: funcionó.
Funcionó, mientras me escaldaba la luz y el desierto

se convertía en vidrio, funcionó,
mientras hacía de las suyas el uranio,
sus isótopos y ese estallido tenso

como la inhalación de un dios, funcionó.
Mirar el exterminio y sentir
el orgullo de un padre.

(Se trata de ROBERT OPPENHEIMER, un hombre sin pies ni cabeza. Viste un traje gris y sostiene arena en sus puños cerrados. La suelta de a poco sobre el escenario y mira tras de sí el camino que deja. Se hinca y comienza a barrerla con las manos. Lluve arena, tanta que se cubre todo el piso. ROBERT se detiene en el centro, se sienta sobre su soledad y canta el himno de los Estados Unidos. Se apagan las luces poco a poco. Silencio. Se encienden de golpe, blancas, huecas. El hombre está desnudo en la misma postura. La arena se ha convertido en una plancha de vidrio verde: trinitita.)

La bomba es una boca que dice puro ruido.
Con su puño furioso, Dios golpea tres veces
mi corazón de uranio enriquecido.

Todavía sigo allí, la vida me detuvo en el instante,
soy siempre todavía el momento quieto de la bomba.
En la mitad más parca de la noche

aún veo el brillo anestesiado de ese fuego.
Prendió sangre mi fuego, tuve la vida entera
en un segundo. ¿Cuándo voy a curarme

de ese ruido?

(ROBERT viste su traje gris, su desmemoria. Empieza a recorrer el escenario y mira hacia el piso con esmero, como quien busca un objeto pequeño: una moneda, un alfiler o arete, la autoestima.)

Tengo frío. Necesito un cigarro.
La medida obstinada de sus cinco minutos
de ceniza y silencio. El permiso

de empezar desde adentro
a acabarme. Y a veces en mi boca
también el nombre de ella, encendido, Jean,

una carpa dorada, cinco escamas de lumbre,
que no dejo escapar, que nunca digo.
Era como las otras. Sin embargo,

apelada la bomba, ella era más brillante.
Andaba siempre a prisa, su voz en las afueras
de su cuerpo exacto la envolvía.

Desde la oficina aprendí a reconocer sus pasos:
alumbraban los pasillos grises de mi tedio.
Me supe pronto su boca de memoria.

(Un segundo hombre, idéntico a ROBERT, sale del flanco izquierdo al escenario y, en la misma actitud de concentrada urgencia, lo recorre mirando al piso. Sale un tercer, un cuarto, un quinto ROBERT, hasta que son tantos que no queda espacio vacío. Se mueven rápido, de forma azarosa, logran, aunque parezca imposible, no tocarse. Nunca se miran.)

Pero era casi idéntica a las otras:
fumaba cigarrillos a espaldas de su padre,
coleccionaba pequeñas cicatrices

y se pintaba las uñas de los pies
con el nombre de su muerte bajo el brazo.
Procuraba en el sexo jamás cerrar los ojos.

Desnudos sobre las sábanas, devueltas las voces
a sus cuerpos, hablábamos sobre la violencia ínfima
de la fisión atómica. Comíamos una manzana,

que yo dividía en dos con mis pulgares.
Todo radica, explicaba,
en golpear con fuerza suficiente la materia,

la estructura esdrújula del átomo.
En la alquimia, a fin de cuentas, más vale
fuerza que maña.

La llamaba de cariño mi radical libre. Ella
citaba a Kropotkin de memoria, en su boca
germinaba la raíz griega del anarquismo.

Más de una vez, en un arranque,
estuvimos a punto de casarnos.
Nos previno Marx y también Engels,

nuestros santos patronos. Ahora lo agradezco.
Estaba loca. En resumen, era como las otras,
pero tenía los ojos amarillos.

El precipicio sin fondo de la rutina
se abrió entre nosotros. Me buscó tanto
que su cuerpo perdió filo. En su boca

mi nombre se apagó como una vela sin aire.
No sé si me arrepiento. Es verdad, a veces
recuerdo los botones de perla de una blusa que usaba,

sus tobillos. En realidad, es igual a las otras.
La diferencia radica en que se mató una tarde
y dejó para siempre de buscarme. No hay forma

de constatar a ciencia cierta el sitio
exacto de ese lunar, la longitud
del húmero, el tono de su voz.

Ya no me queda ni un átomo
de su materia. Y yo que nunca aprendí
a pedir las cosas de buen modo.